Andrés G. Muglia

20 cuentos extraños

Copyright Andrés Gustavo Muglia 2025
Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Este libro puede copiarse y distribuirse por cualquier medio siempre que mantenga el reconocimiento del autor. No puede modificarse. No apto para su uso comercial. Tanto el texto como las ilustraciones son propiedad del autor. No pueden utilizarse por separado ni con otros fines.

Textos, ilustración de tapa y diseño: Andrés Gustavo Muglia
contacto/autor: pandym7@yahoo.com.ar

20 CUENTOS EXTRAÑOS © 2025 by Andrés Gustavo Muglia is licensed under CC BY-NC-ND 4.0. (Attribution-NonCommercial-NoDerivatives) To view a copy of this license, visit http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

20 cuentos extraños

Andrés G. Muglia

Prólogo

Quizás este libro podría haberse llamado 20 cuentos fantásticos, también, con justicia para algunos de ellos, 20 cuentos sobrenaturales, o 20 cuentos de ciencia ficción, o policiales. Sin embargo, no todos entran en esas categorías. Por eso he adjetivado a estos 20 cuentos como extraños, porque a pesar de lo ambiguo, es un término que más o menos les calza a todos. A medida que el lector vaya avanzando en la lectura, se enterará si acerté o no en mi juicio en este sentido.

Un cuento no tiene dos o veinte páginas para ser un cuento. Puede tener simplemente un párrafo o seis palabras, como aquel famoso de la apuesta (real o inventada) de Hemingway. Pero sí tiene determinadas reglas que hay que respetar, como se respetan las líneas demarcatorias del campo de un juego al momento de jugarlo. Tiene que ser conciso, sin elementos superfluos que distraigan la atención, todo lo que está en él tiene un propósito. En subgéneros como el policial, donde se propone al lector elaborar conjeturas en base a los elementos propuestos, respetar esa regla es esencial. Pocos personajes, conflicto claro, escenario definido, descripciones escuetas, son otras tantas señas particulares del género.

Pese a estos límites, para el escritor el cuento es una invitación a dejarse llevar. Para mí el cuento es una suerte de laboratorio donde ensayar diversos recursos, ideas o formas de expresión que no se llevan bien con otros contextos narrativos. En este sentido 20 cuentos extraños es un buen (o mal) ejemplo de este tipo de enfoque. Si en algo se vinculan las historias aquí publicadas es en su heterogeneidad. Cada una ha sido un modo de ensayar una idea que alguna vez pasó por mi cabeza. A veces el desafío fue tratar determinado tema, otras simplemente plasmar algún sueño dándole guiños de realidad, o escribir en segunda persona en lugar de la primera o la tercera que son usuales, o hasta crear una historia consistente con el único recurso del diálogo; como en el teatro, pero sin que sea teatro.

Estos cuentos fueron escritos en momentos muy diversos. Varios de los que incluyo aquí tienen más de treinta años, otros pocos meses. Para el que nunca los leyó todos son nuevos. Para mí,

que no puedo pretender ser objetivo, llevan un valor desparejo por diferentes razones. Todos, los más breves y los más extensos, los más tortuosos y los más transparentes, tienen algún significado para mí. Es mi esperanza que alguno o varios de ellos lo tengan para ustedes.

Andrés G. Muglia

El Pelurquián

Conocí al Pelurquián poco antes de entrar en mi adolescencia. Para ese entonces ya estaba mi mente, liberada de las fantasías de la infancia, dispuesta como para comprender que me hallaba frente a un acontecimiento extraordinario. Fue, recuerdo, en una tarde lluviosa de otoño. Mi madre me había dejado al cuidado de mi abuela, seguramente porque quería ir al centro sin mi apremiante cara de hastío importunándola. Era una época en que nada me conformaba, supongo cuestión de la edad que estaba atravesando.

La casa de mi abuela era un lugar lóbrego, de permanentes luces encendidas, pues la única claridad que entraba en sus habitaciones era la que consentían las pequeñas ventanas y banderolas de las puertas. Aquella era la última propiedad de una familia que había sido de las más ricas de la colectividad armenia. En su tiempo espléndida, o al menos así se la consideraba, o así la consideraba mi abuela. Luego, fruto de los apremios económicos, aquella casa enorme había sido lentamente parcelada, diseccionada, separada en partes; como un organismo que se muere de a poco. Pequeños y extraños departamentos habían nacido de aquella gran propiedad. Algunos de ellos, como el de mi abuela, habían heredado taras incurables, como la de no tener ventanas (¿quién sabe qué partes de la vieja casa habían sido?). La cocina, por ejemplo, había servido sin duda como baño de la antigua propiedad, pues un pozo ciego abandonado era la amenaza velada de su piso en perpetuo hundimiento.

Había poco que hacer en aquella casa. Yo llevaba mis carpetas y dibujaba sobre el papel con membrete descartado por la administración pública donde trabajaban mis padres. Del reverso de mis copias a lápiz 2B de esculturas de Miguel Ángel, se adivinaba la firma de un jefe de departamento, o la impetuosa dactilografía de alguna secretaria privada redactando memorándums.

Cuando me cansaba de dibujar, cuando me hartaba de la inhóspita programación de la TV en blanco y negro, me dedicaba a revolver los cajones de los muebles. Allí se entremezclaban fotos descoloridas y cartas amarillentas, enormes botones de nácar y pequeñas latas de antiguos medicamentos. Mi abuela, en su mundo reiterado de obligaciones domésticas, me dejaba hacer.

Un día cualquiera, aquel día, ella se ausentó por un rato. Quizás fuera a la terraza a colgar ropa en la soga, o quizás caminara los veinte metros que separaban su puerta de la panadería, con el objetivo de comprar un cuarto kilo de aquellos horrendos palitos de anís que tanto le gustaban. Por lo que fuera, lo cierto es que me aventuré en su habitación, lugar que jamás me era permitido pisar si no era en su presencia y por breves momentos. Con el sabor de lo prohibido suspendido en el aire, me acerqué a la trasgresión definitiva y condenatoria: su ropero. Abrí aquel destartalado mueble provenzal de segunda categoría, como quien abre las puertas de un secreto muy guardado.

No fue, como lo suponía, aquello nada interesante. La ropa de mi abuela, su predecible tapado marrón de paño, sus polleras grises o negras, la penosa intimidad de sus enaguas color natural; todo enmarcado en un infranqueable olor a naftalina. Sin embargo, como para concluir con la profanación, dediqué algún tiempo a revolver sus pertenencias, no demasiado, como para que ella no pudiera advertir mi paso por allí. Aquel desganado inventario sufrió un sobresalto memorable y definitivo. El descubrimiento del Pelurquián.

Debajo de tres cajas de zapatos, una más grande, hecha de madera, me llamó la atención. Saqué lentamente aquella hermosa caja lustrada y, sentándome en la cama de mi abuela (los elásticos crujieron), la apoyé sobre mi regazo. Lo primero que me llamó la atención fue su peso, lo segundo, la frialdad del fondo que se transmitió inmediatamente a mis piernas, ocasionándome un estremecimiento.

Lentamente, abrí la tapa. Allí estaba, inmóvil, opaco y escalofriante, el Pelurquián. Casi inmediatamente de verlo, sentí el impulso de arrojar aquello muy lejos, de salir corriendo, ganar la calle y no volver nunca a la casa de mi abuela. Un asco profundo e incomprensible se adueñó de mí, pero pude dominarme y apoyar la caja en el piso con manos temblorosas. Luego cerré de un golpe su tapa. Me quedé sentado y pensativo unos momentos. Comprendía que tenía que volver todo a su sitio, pues mi abuela volvería de un momento a otro. Pero algo me había inmovilizado en aquella postura, con los ojos fijos en la tapa de madera.

Abrí la caja nuevamente y me quedé allí, fascinado por el velado y sutil horror del Pelurquián.

A primera vista se advertía que uno estaba ante la presencia de un organismo vivo. Aunque el Pelurquián permaneciera completamente inmóvil. También era palpable la sensación de que ese organismo, pese a su inmovilidad, tenía algo de amenazante, de maligno. Tal vez contribuyera a esa sensación su pelaje, crespo y opaco, que alternaba el gris oscuro con un negro mate.

El Pelurquián estaba ubicado en medio de la caja, tapizada en su interior por un terciopelo que en otra época quizás fuera rojo, y ahora se veía raído, atravesado por los dibujos de oscuros hongos.

No tenía extremidades, ni ojos, ni protuberancia alguna que alterara su monótona morfología. Tenía la forma vaga de un cilindro, pero sin llegar a serlo. Era alargado y rechoncho. Si uno le dedicaba mucha atención se advertía un aguzamiento muy leve hacia uno de sus extremos. Apenas el pelo le daba ciertos matices. En la zona que se podía llegar a considerar el lomo, era algo más abundante y oscuro. Expelía un leve olor, como el de las pasas de uva o el de las conservas, algo concentrado y dulzón.

Ese fue mi primer contacto con el Pelurquián. No sé cómo hice para romper aquella hipnótica atención, mezcla de atracción y repulsión, que ese insólito ser parecía provocarme. Finalmente cerré la caja y la dejé donde la había encontrado.

Cuando mi abuela regresó, yo estaba sentado en el living simulando mirar la televisión. No advirtió seguramente la revolución interna que había comenzado durante su ausencia; ni la que seguiría durante largo tiempo. Aquello fue el principio de una enfermiza búsqueda de mi parte por quedarme a solas en casa de mi abuela, aunque fuese unos instantes, para poder ver al Pelurquián. Aunque en esa época no le daba ese nombre, era simplemente «la cosa».

Pude, pese a las dificultades, verlo de nuevo. Seguía en su caja, inmóvil. Lo observé detenidamente por largos minutos como para sorprender un movimiento de respiración, pero fue inútil. Lo único que evitaba que lo considerara muerto era aquel olor suyo, dulzón y húmedo, como algo en comienzo de descomposición.

Sólo una vez encontré en mis observaciones clandestinas algo que destacar, aunque no era el Pelurquián el que se había movido ni había cambiado en modo alguno. Descubrí, en mi cuarta o quinta profanación, un cambio dentro de su caja. Casi en la esquina de esta,

cerca del extremo más aguzado de su anatomía, una pequeña esponja apenas humedecida, según pude comprobar, daba cuenta de que el Pelurquián no estaba allí abandonado por mi abuela, sino que ella lo veía regularmente y había depositado cerca de él (o ella) esa esponjita con cometidos para mí desconocidos.

Otra ocasión en que aventuradamente me introduje en la habitación de mi abuela estando ella en la cocina, tomé tan apresuradamente la caja que el Pelurquián rodó lentamente de costado. Me quedé pasmado. Primero aproveché a observar el reverso del Pelurquián, hasta ese día oculto para mí. Comprobé que era el facsímil de lo que ya conocía. Pero no podía dejarlo así, pues mi abuela se daría cuenta de mis incursiones. Busqué algo con que empujarlo, pero no encontré nada que me fuese útil. Intenté hacerlo con la punta del dedo, tocándolo sin querer tocarlo; pero el Pelurquián no se movió. Finalmente y superando mi asco, lo tomé con las manos y lo restituí, no sin dificultad, a su posición original. Mientras realizaba aquella tarea comprobé nuevamente el peso increíble del Pelurquián. También me llamó la atención su dureza y su frialdad, como si fuese un ser petrificado. Su pelo era crespo y áspero al tacto, pero no daba la impresión de suciedad sino todo lo contrario. No sé si fue mi imaginación, pero sentí el aroma del Pelurquián en mis manos por varios días.

En el transcurso de aquel tiempo nunca se me ocurrió confesar a mi abuela ni a mis padres aquel descubrimiento. A ella porque era evidente que el Pelurquián era su secreto mejor guardado. A ellos porque no les comunicaba cosas menos importantes, tales como mis malos rendimientos escolares. Mucho menos los iba a hacer partícipes de ese misterio tan profundo que no sabrían, estaba seguro, siquiera valorar. Quizás sospecharan algo extraño en mi repentino deseo de visitar a mi abuela, pero seguramente lo tomaran como otra de las raras conductas a las que los tenía acostumbrados.

Una tarde plomiza y lluviosa de enero se me reveló otro secreto guardado por mi abuela. Me hallaba nuevamente dueño de su casa, pero esta vez, por alguna razón que no comprendí, pues estaba seguro que ella no sospechaba mis cuidadosas incursiones, la puerta de su habitación estaba cerrada con llave. Furioso, deambulé por las habitaciones restantes sin saber qué hacer. Igual que si de una

venganza se tratase, comencé a revolver el interior de los muebles, como buscando algo que en efecto y sin proponérmelo, encontré.

A primera vista el hallazgo, descubierto tras de un plato de la vieja vajilla matrimonial en el fondo del aparador, no decía gran cosa. Aquel pequeño libro cuidadosamente encuadernado en tela, cuyo lomo ni tapa ostentaban inscripción alguna, no invitaba a cifrar en él grandes esperanzas. Sin embargo, cuando lo abrí, un nudo atenazó mi garganta. Debajo de una palabra hasta ese momento desconocida para mí, el dibujo algo torpe de «la cosa» me hizo dar un sobresalto. La palabra que titulaba el libro era simplemente PELURQUIÁN, tal como a partir de ese día comencé a llamarlo. Oculté ávidamente el polvoriento librito en el bolsillo de mi campera. La espera hasta la soledad nocturna de mi habitación fue una tortura. Cuando por fin pude estudiarlo, cuidé de que mis padres no vieran ninguna luz saliendo de mi habitación y me auxilié con una vieja linterna.

El primer vistazo al libro me trajo desazón en su estado más puro, el texto estaba escrito en un idioma desconocido para mí, que sospeché el armenio que mi abuela de vez en cuando dejaba escapar en forma de interjecciones. Sin embargo, aquel volumen ajado, que supuse un manual de cría o algo parecido, estaba ilustrado con grabados y dibujos. Algunos eran asombrosos. El primero que recuerdo representaba a un hombre sonriente, vestido con una suerte de ropa de trabajo que incluía unas extrañas botas que llegaban hasta más arriba de las rodillas. Atrás de él y a sus pies, dentro de una especie de establo, estaban representados una multitud de ejemplares iguales al de mi abuela.

También había pequeñas indicaciones ilustradas de cómo debía prepararse el hábitat del Pelurquián; era evidente que mi abuela las había seguido al pie de la letra. Aunque el texto era inalcanzable las ilustraciones eran claras. El Pelurquián debía permanecer en lugares oscuros y húmedos. Unos elocuentes dibujos mostraban pequeños ejemplares calcinados por el sol, y otro un desafortunado espécimen retorciéndose sumergido en el agua. Aprendí que el Pelurquián gozaba de la humedad pero no del agua. Pero la más impactante, la más atractiva de todas las ilustraciones, estaba en la última página del libro. Allí se mostraba a un hombre, o quizás un mono, no se entendía bien lo que el artista había intentado representar, frente a un ejemplar

descomunal de Pelurquián, del tamaño de una ballena. Detrás se recortaban las siluetas de dos volcanes en erupción. El homínido era evidentemente la representación de un eslabón perdido o un hombre prehistórico.

Otros grabados, hechos con aquella frescura propia del dibujante no del todo experto, mostraban al Pelurquián en diversos escenarios: a los pies de un rey en plena deliberación con su consejo, en los brazos de una joven sonriente como si se tratase de algún animal doméstico o faldero, bajo la mano enjoyada de un faraón. Aunque las ilustraciones parecían desaforadamente fantasiosas, daban cuenta de que el Pelurquián era un ser (siempre dudé en denominarlo animal) considerado adecuado para compañía de las clases dominantes. En todos los dibujos aparecían nobles y reyes. En algunas imágenes hasta parecía tener cierto estatus sagrado o simbólico, como en la que un indígena ataviado extrañamente se arrodillaba ante un altar presidido por un enorme y gordo ejemplar.

Dediqué las horas de sueño de los días siguientes a copiar concienzudamente cada dibujo de aquel libro. Fue una pena que no dedicara el mismo celo en copiar el texto. En mi inmediata visita a la casa de mi abuela restituí el libro a su escondite.

Después busqué, sin suerte, información en varias bibliotecas. Consulté a mis profesores de Biología sin revelarles demasiado. Pero nada ni nadie supo darme referencia alguna sobre el Pelurquián. Durante años seguí con mi pesquisa. He llegado a visitar clubes armenios, realizando a sus miembros prudentes y elípticas preguntas, pensando que quizás el del Pelurquián fuese un secreto comunitario guardado celosamente por aquel pueblo castigado. Pero nadie supo (o quiso) decirme nada en relación a él.

Antes de eso los acontecimientos se precipitaron y el Pelurquián pasó a ser centro de mis angustias. Mi abuela cayó enferma. De pronto ya no podía estar solo en su habitación pues permanecía postrada en su cama. Yo sufría por el Pelurquián pensando que ella no podía cuidarlo; iluso de mí, no sabía todavía de la fortaleza del Pelurquián. Mi abuela murió luego de tres meses.

Aunque sufriera por su muerte, mi angustia se centraba en encontrar un momento para poder rescatar al Pelurquián, antes de que la casa fuese invadida por los parientes. Me aventuré una tarde en

que mi madre fue a buscar algunas cosas de mi abuela. Sin decir nada llevé mi bolso de tareas donde solían viajar mis carpetas y lápices de dibujo. Primero busqué el viejo libro detrás de la vajilla, pero había desaparecido. Apesadumbrado todavía por haber perdido la única referencia que tenía del Pelurquián, en un descuido de mi madre irrumpí en la habitación de mi abuela. Rápidamente abrí el ropero. Mi corazón dio un vuelco cuando vi que las cajas de zapatos habían desparecido. Pero la de madera, la del Pelurquián, seguía allí. Sin entender por qué nadie le había prestado atención, abrí la caja. Allí estaba, inmóvil e inquietante como siempre. Insólitamente me pareció más pequeño que como lo recordaba, pensé que era simplemente una impresión mía. Intenté meter la caja en mi bolso pero no cabía. Finalmente tomé una solución desesperada, tomé al Pelurquián y lo dispuse entre mis papeles. Sentí una profunda lástima por la suerte de tan noble ser, pero era necesario.

Volviendo a casa mi corazón galopaba angustiosamente adentro de mi pecho, pensando en la incomodidad del Pelurquián. Subí con esfuerzo disimulado mi bolso hasta mi habitación. Luego busqué el lugar más oscuro y húmedo que encontré dentro de un baúl donde guardaba revistas y libros. Improvisé en una caja de cartón el nuevo hogar para el Pelurquián y la oculté cubriéndola con libros, no sin antes mojar una esponja y ponerla junto a su extremo más aguzado.

Pasó el tiempo de largo. Tuve que mudar de costumbres. Hacerme cargo de la limpieza de mi habitación fue una grata noticia para mi madre, que tomó aquello como una señal de madurez, antes que como el modo más seguro de que ella no tocara mis pertenencias a riesgo de descubrir mi secreto.

Aprendí, observándolo, cosas realmente llamativas en relación al Pelurquián.

El Pelurquián no generaba deshechos de ningún tipo. Aquel dulzón aroma perceptible en su cercanía era la única señal de vida que emitía. También constaté con asombro que mi generosidad en mojar la esponja del Pelurquián había hecho que éste comenzara a crecer. Al principio esto me pareció divertido, pero pronto tuve que ser menos pródigo pues las cajas no alcanzaban a contenerlo. Cuando decidí ponerlo a dieta de humedad cubría por completo el largo del baúl y era casi imposible mover el mueble por su peso inusitado.

Privado de su esponja por más de tres meses, apenas había disminuido algunos centímetros; era evidente que poseía una capacidad insólita para guardar los nutrientes casi inexistentes que le proporcionaba ese leve alimento.

En las noches, alumbrado por la claridad del cielo que penetraba por la ventana, destapaba el baúl y sacaba los libros despejando el doble fondo que había hecho con mis pocos conocimientos de carpintería. Después estudiaba al Pelurquián largamente. Noble ser, inmóvil, cerrado al mundo. Al mirarlo persistía ese leve horror que todavía me provocaba. Cuando acariciaba su pelo crespo corría el viejo escalofrío por mi espalda. A veces, mientras dormía, creía oír que gemía, pero me despertaba persuadido de que había sido simplemente un sueño.

Pasé mi adolescencia cuidando del Pelurquián. Quizás por nuestra insólita sociedad, o porque su naturaleza me dirigiera hacia reflexiones más profundas que al resto de mis pares, me fui volviendo un poco como él. Parco, sin interés por entablar relaciones con los demás, ni siquiera el bello sexo podía interponerse entre el Pelurquián y yo. Busqué un trabajo que permitiera independizarme, pero no lo conseguí; me conformé entonces con un puesto administrativo en una oficina gris. Seguí viviendo con mis padres, controlando el crecimiento del Pelurquián. Guardando un solo anhelo.

Con el tiempo, ellos también se fueron, como la abuela. Rápidamente malvendí la casa y compré una antigua propiedad en las afueras, tal como lo había soñado. Lo más importante era que tuviera un sótano amplio, y el de aquella casona semiabandonada era ideal. Enorme, oscuro, lleno de la nutriente humedad del campo. Trasladé los poco muebles que necesitaba y el más importante, el baúl. Lamentablemente me vi obligado al auxilio de dos peones de mudanza para levantar su inusitado peso. Casi se desarmó al bajarlo por las escaleras hacia su destino final, mi corazón vio sobrecogido cómo se astillaban lentamente las maderas laterales.

Tapié los tragaluces del sótano con ladrillos y cemento y una memorable noche presenté al Pelurquián en su morada definitiva. Con alegría rompí los laterales del baúl para que por fin pudiera ser libre.

Hace ocho meses que renuncié a todo. Vivo de una frugal comida diaria que me procuro con los ahorros de tantos años pensando en un mismo objetivo.

Por fin el Pelurquián es libre de crecer a su antojo. Tiene todo lo que necesita, oscuridad, humedad y mi modesto cariño que se las procura. He descubierto que la oscuridad es tan importante como la humedad para que crezca. Evidentemente el baúl no era lo suficientemente hermético y por sus rendijas se filtraba algo de luz. Este imprevisto accidente fue beneficioso, pues de lo contrario no hubiera sido posible ocultar mi secreto.

Por la noche, cuando escucho los gemidos ahora evidentes del Pelurquián, constato que la oscuridad es completa y abro la puerta del sótano. Bajo algunos peldaños y huelo el dulce aroma de mi amigo que evoca ahora al musgo, las flores cuando se pudren, la vida en su estado final y definitivo. Allá abajo, aún sin poder verlo, puedo sentir su nebuloso y lento movimiento. Como un movimiento de montaña milenaria o de lecho marino. Los cimientos han comenzado a crujir bajo el peso del Pelurquián. La sinfonía que forman estos sonidos es cautivante y terrible a la vez.

En esos ratos muertos en que no hablo ni veo a nadie, donde permanezco la mayoría del tiempo extendido en un viejo sillón mientras escucho la leve canción de mi amigo allá abajo, he tenido tiempo de reflexionar largamente sobre él. He llegado a algunas conclusiones, aunque provisionales, basadas en la mera observación de mi ojo experto.

El Pelurquián es un género en sí mismo. Ni animal ni vegetal. Se nutre con la humedad a través de su piel o su pelaje, y expele los pocos deshechos a través de ella y de su peculiar olor.

El Pelurquián es un monstruo. Una equivocación. Un camino errado de la naturaleza o de la evolución. Un ser que no intercambia más que lo mínimo indispensable con el medio, y saca el máximo provecho de ese intercambio. Tal vez se nutra de microorganismos, aún no lo sé.

La naturaleza no puede consentir un ser tan independiente. Basada en el equilibrio de las muertes sucesivas de seres que se nutren unos de otros creando una rueda siempre móvil, la inmovilidad e independencia del Pelurquián es inadmisible para la naturaleza.

Pienso que el Pelurquián es muy longevo, o quizás eterno.

En base a mis últimas percepciones sobre su capacidad de crecimiento, estoy convencido de que el Pelurquián es además infinito; puede crecer infinitamente.

Estoy seguro de que el Pelurquián es el último de su especie.

Sólo tiene dos enemigos, el agua y la luz.

Tal vez si hubiese podido conservar aquel libro, si hubiera con el tiempo logrado traducir sus páginas, habría comprendido mejor la naturaleza o la historia del Pelurquián. Quizás sea mejor así.

Noches pasadas bajé como de costumbre algunos peldaños para sentarme cerca del Pelurquián. Al segundo paso mi pie topó con algo, la masa dura y peluda me fue familiar. De pronto un destello, un relámpago en el cielo que se preparaba para la lluvia penetró por la puerta abierta y lo iluminó desproporcionadamente. Oí un grito, un grito que me sacudió como si saliera de mis propias entrañas. Era el Pelurquián. Pude ver en ese instante a la bestia en su plenitud. La masa del Pelurquián cubría el amplio sótano por completo, ya presionaba las paredes de la casa empujándolas y deformándolas levemente.

Antes de que pudiera cerrar la puerta, un nuevo relámpago iluminó el sótano. Me quedé perplejo. Allí, en el centro de la conocida y ahora desmesurada masa, un ojo, un ojo del tamaño de un puño me observaba con gesto horrorizado.

Di un paso atrás, atemorizado por primera vez en mi vida por el Pelurquián. Un nuevo y prolongado destello lo iluminó. El ojo se cerró con fuerza como si estuviese soportando un dolor demasiado profundo. De pronto una convulsión movió la casa desde sus cimientos, era el Pelurquián que se movía. En un momento la increíble masa se sacudió al unísono. Profiriendo gemidos que tapaban el sonido de las paredes que comenzaban a derrumbarse y el de los truenos que resonaban en el cielo, desapareció. Antes de escapar corriendo para protegerme, pude ver un enorme pozo, como un cráter, justo donde antes estaba el Pelurquián.

Era evidente que el crecimiento de mi amigo había sido más hacia el fondo de la tierra que hacia la superficie. Quién sabe cuánto habrá excavado antes de desaparecer. Tal vez cientos de metros, quizás esquivando las peligrosas napas de agua que le provocarían la muerte.

A veces, cuando me siento a la caída de la tarde en la escalera de mi casa en ruinas, pienso en el Pelurquián. Fantaseo hacia qué lugar seguirá creciendo, eterna, infinitamente, tal vez hasta abarcarlo todo.

Sueño, como él, hundirme triunfalmente en la tierra para descansar por fin. La tierra, la libertad, también llegarán para mí, como para todos. Tal vez hasta me reúna con él en un secreto y callado sótano del mundo, y formemos al fin parte del mismo todo.